

Esbozos de la ciencia documental en la literatura utópica

IGOR REYES ORTIZ, RAFAEL SERRA y DAVID TORREJÓN
Licenciados en Ciencias de la Información

El carácter anticipativo de la literatura utópica está fuera de toda duda. Muchos han sido los autores que han señalado este hecho y estudiado las profecías que se pueden hallar registradas en las páginas de estas otras. Profecías que se extienden a todos los campos del saber humano, desde nuevos planes de explotación agrícola hasta sofisticados métodos de control social.

Dentro de esta cualidad vaticinadora de la literatura utópica no podían faltar referencias a una ciencia que se hace cada vez más necesaria a medida que avanzan las restantes: la Documentación. A pesar de que, como veremos más adelante, los primeros anticipos sobre la documentación aparecen hace casi cuatro siglos, no es ésta una de las ciencias predilectas de los autores utópicos. Incluso hoy, cuando la ciencia-ficción ha sustituido y transformado la utopía, no encontramos en los nuevos mundos imaginarios una técnica documental en el lugar que le correspondería. La Documentación, quizá por la errónea imagen de ciencia poco activa que arrastra, cede su puesto en estas obras a adelantos menos importantes, pero más espectaculares (nuevas armas, naves espectaculares, robots cuasi-humanos) y que, de otra parte, muchas veces necesitarían de una ciencia documental muy avanzada para poder desarrollarse.

Como dijimos antes, hace cuatro siglos que aparecieron las primeras utopías propiamente dichas, y con ellas las primeras señales sobre la necesidad de una ciencia documental.

En 1516 Tomás Moro publica su *Utopía* y crea el nombre para un género casi tan antiguo como la literatura y cuyo primer antecedente lo podemos encontrar en el libro del Génesis.

Un siglo más tarde, Francis Bacon y Tomasso Campanella dan a luz sendas obras, en las que por vez primera se recoge la necesidad de unos métodos para sistematizar conocimientos y descubrimientos de forma que puedan ser aprovechados y transmitidos al resto de la sociedad.

Naturalmente, la concepción humanística del Renacimiento no considera aún la especialización como una obligación de la ciencia y del científico. En esta época grandes genios dominan el panorama cultural europeo. Aún se cree posible que todo el saber humano puede llegar a ser conocido por una persona. Y precisamente es en estos momentos cuando aparece ya como algo imprescindible para el avance científico de la Humanidad el desarrollo de técnicas (aunque sean rudimentarias) documentales.

* * *

En 1621, a caballo entre los siglos XVI y XVII, el inglés Francis Bacon sitúa en una isla su *Nueva Atlántida*. En la isla reinaba, mil novecientos años antes de la narración de esta historia, un rey llamado Saloma, cuya mejor obra, al decir de los nativos, fue la creación e institucionalización de una orden a la que llaman «Casa de Salomón» y también a veces casa de los Seis Días.

El rey Saloma mandó cortar la comunicación con el resto del mundo, pero con una salvedad; cada doce años partirían dos naves con investigadores encargados de traer información de todo tipo del resto del mundo, así como libros, documentos e invenciones.

Como vemos, esta proposición entra de lleno en el ámbito documental en un grado general, es decir, lo que llamamos adquisición de conocimientos o recepción de información. Esta es una función que cumple el colegio de la Nueva Atlántida: se dirige al conocimiento del hecho en sí y también a su desarrollo social. Sin duda, esta institución documental tiene una misión docente y moralizante como el concepto clásico de la Documentación.

Eugenio Imaz habla de Bacon y dice refiriéndose a su Utopía: «Su sueño está más cerca de su realización en la Royal Society de Londres que en la sociedad real de los hombres.» Obsérvese, por lo demás, que la definición que en 1934 da Paul Otlet de los documentos coincide plenamente con la misión que tienen encomendada los individuos constituyentes de dicha casa: «Constituyen la memoria materializada de la Humanidad, en la que día a día se registran los hechos, ideas, etcétera, que han impresionado el espíritu del hombre.»

El personal de la institución ideada por Bacon se compone de 33 personas, de las que alrededor de la mitad están dedicadas a funciones

de adquisición y recopilación de conocimientos, en tanto que el resto tiene como misión la planificación y ejecución. La plantilla se divide en varios grupos con misiones específicas y nombres pintorescos. En primer lugar el grupo más numeroso es el compuesto por los «COMERCANTES DEL LUZ» (luz equivale a conocimiento). Son doce miembros, que al decir del informador «nos traen libros, resúmenes y ejemplos de los experimentos de otras partes». El segundo grupo son los «HOMBRES DEL MISTERIO», compuesto por tres miembros que «coleccionan experimentos». En tercer lugar están los «EXPLORADORES O MINEROS», también tres individuos que «se dedican a ensayar experimentos nuevos».

Estos tres primeros bloques responden a las necesidades generales de un centro de documentación, a la necesidad de una actividad documental (labor teórica). Empieza la labor práctica: Búsqueda de documentos bibliográficos y adquisición de documentos. De estas fases se ocupan los anteriores grupos que constituyen un personal especializado.

El cuarto bloque de la Casa de Salomón son los tres miembros que forman el equipo de RECOPIADORES, cuya misión es «dibujar los experimentos de los tres primeros». Como vemos, su labor es la ubicación del material adquirido: los libros son ubicaciones simples y el resto sobre soporte.

En este caso, que es simultáneo a los anteriores; el tratamiento al que se dedican los ILUMINADOS o BIENHECHORES, cuya labor es el «análisis de los experimentos de sus compañeros, estudiando extraer de ellos las cosas de uso práctico para el conocimiento de la vida del hombre». También están los FAROS, que en número de tres (como los anteriores) «se dedican a ensayar experimentos nuevos» a partir de los conocidos.

El tratamiento que se da a la documentación es tanto intelectual como material, labor a la que coadyuvan los INTERPRETES DE NATURIA (tres personas), que «amplían los descubrimientos».

El paso culminante del centro de documentación moderno es la búsqueda y fabricación de elementos documentales. La búsqueda responde a una demanda de elementos documentales, es decir, un elemento externo. La fabricación, que ya hemos visto cómo se cumple, corresponde a un elemento interno.

El punto final de la labor de la Casa de Salomón lo cubren otro equipo de tres individuos llamados INOCULADORES, que se dedican «a la ejecución y divulgación de conocimientos y experimentos». El gobernador de la Isla informa el respecto: «Finalmente, organizamos giras o visitas a distintas partes del reino, donde según pasamos ha-

ceмос públicas las invenciones nuevas y útiles que consideramos convenientes.» Se aprecia claramente una de las características básicas de un centro de documentación: la autonomía de funcionamiento.

La Casa de Salomón tiene además todos los medios necesarios, naturales o creados por el hombre, para poder llevar a cabo su labor de recopilación, ordenación, investigación y divulgación, medios que harían palidecer de envidia a los miembros de los modernos centros de documentación e investigación.

En la incompleta «Nueva Atlántida» —para que no quepa duda de la vocación de servicio público universalista de su principal institución— el representante de la susodicha despidе así a los visitantes: «Recibe mi autorización para hacer público todo, por el bien de las naciones.»

* * *

En 1623 aparece *La Ciudad del Sol*, de Tomasso Campanella. En ella tenemos un ejemplo típico de literatura utópica renacentista. No hallamos en ella la trama casi novelesca de *Utopía* o de la *Nueva Atlántida*, pero, por contra, disponemos de una de las descripciones más exhaustivas de un estado imaginario que se hayan escrito jamás. Y nada más comenzar esta pormenorizada descripción nos enfrentamos a un hecho sorprendente: la disposición misma de la Ciudad del Sol es la de un arcaico centro de documentación.

«La Sabiduría hizo adornar las paredes interior y exteriores, inferiores y superiores, con excelentes pinturas murales, que en admirable orden representaban todas las ciencias.» De esta forma, Campanella describe en los distintos muros de la ciudad todos los conocimientos humanos, desde la geometría euclidiana hasta catálogos de animales y plantas. La imagen predomina en esta concepción documental (recordemos que la lectura es sólo patrimonio de privilegiados en la sociedad de los siglos XVI-XVII), aunque el texto no se deja de lado: «... y una breve explicación, contenida en un verso alusivo a cada una de ellas, da a conocer su significado».

La forma del texto, como vemos, se parece bastante a la moderna idea documental, sobre todo en lo que respecta a la brevedad. Pero no es ese el único anticipo que reconocemos en la obra. También está presente el ánimo recopilador que anima cualquier moderno banco de datos: «... me respondieron que sabían todos los idiomas, y que a tal fin enviaban constantemente a todas las partes del mundo exploradores y delegados para conocer las costumbres, el poder, el régimen, las historias y las cosas buenas y malas de las naciones».

Como comprobaremos en los esquemas finales de «La Ciudad del Sol» ya podemos aplicar todos los aspectos de un esquema básico de centro documental.

* * *

El optimismo renacentista que se desprende de las utopías de Bacon y Campanella se transforma en la tétrica visión contemporánea de 1984. Han transcurrido cuatro siglos y se ponen en entredicho los valores de un progreso científico deshumanizado.

Tras una época de bellas ideas filantrópicas, Orwell, profundamente decepcionado del estalinismo, eleva la visión negativa de la evolución tecnológica hasta la civilización sin esperanzas de 1984: «Nosotros, El Partido, controlamos todos los documentos y todas las memorias. De manera que controlamos el pasado.»

El control histórico de los acontecimientos solamente se hace posible teniendo la facultad de modificar el pasado adaptándolo a las necesidades coyunturales de *El Partido*; de esta manera el servicio de documentación del Times (imaginario monopolizador de la información en 1984) retoca o cambia las informaciones aparecidas en números antiguos del diario que no estén acordes con el propósito actual. Sencillamente se ha eliminado la mentira —todo es verdad— y en cuanto deja de serlo, secreto únicamente conocido por los mandamases, se destruye la información, incluso la página entera, y se confeccionan textos o nuevas páginas, que sustituyan a las anteriores a todos los efectos. La nueva información pasa a ser la única y el original o la anterior reestructuración anterior se destruye, garantizando la «veracidad» de lo único existente y, por lo tanto, imposible de comparar o enfrentar. Esta función de creación y destrucción del referente, «control de la realidad» en la obra, se facilita y complementa con la técnica del «doblepensar», enseñanza que permite adaptarse a las variaciones impuestas sin ser traicionado por la memoria.

El doblepensar es la excusa fácil ante cualquier titubeo que haga dudar del sistema; es más agradable, más fácil y más cómodo doblepensar que calentarse la cabeza analizando lo contradictorio de los mensajes emitidos. Además de una técnica es la anulación del individuo, la masificación del parecer, la idiotización de los peones de un juego cuyas reglas solamente conoce una minoría todopoderosa.

Un factor más viene a sumarse a la recepción de informaciones en 1984: la «neolengua», que consiste en la reducción al límite de la capacidad expresiva y dificulta la capacidad de pensar. De esta forma se logra la fácil asimilación y crédito de las informaciones, por un

lado, y la dificultad de enfrentarse individualmente mediante convenimientos o recuerdos a un mensaje tratado.

En este centro de tratamiento de la información las funciones informativas y documentales se aunan más que se complementan. Informaciones atrasadas pueden transformarse en actuales, según sea el momento propicio, gracias a la labor de unos —periodistas— documentalistas a cargo de esta labor, que por ende no conocen el complicado entramado del centro donde trabajan, limitándose a cumplir su obligación en un anónimo despacho.

Es lógico y también chocante que sea precisamente una de estas personas empleadas la que encarna al rebelde que se encuentra en la mayor parte de las utopías literarias. Es de los pocos ciudadanos que tienen la oportunidad de conocer el cambio de referente, de acceder a la falsificación de la información y a la destrucción de la historia. Es también uno de los ciudadanos más vigilados por lo que se podría desprender de su ocupación. Es uno de los funcionarios que falsifica la información, aunque la palabra falsificar esté mal utilizada refiriéndose a una civilización donde no existe la mentira. Sería más exacto decir que «verifica» la información. No es que la anterior sea falsa, es que sencillamente no ha existido nunca. Este proceso auna las tres finalidades de los distintos centros de documentación; al mismo tiempo conserva —eso sí, lo que interesa—, trata y difunde los documentos.

El mundo feliz de Huxley, basado en la predisposición biológica de los individuos, queda superado por la tenebrosa civilización de *1984*, capaz de dominar no las mentes genéticamente, sino el flujo de informaciones y conocimientos (más bien propaganda, dado su sentido) que reciben los miembros de la sociedad Orwell.

* * *

La visión que de la ciencia de Paul Otlet nos ofrecen estos autores es, como vemos, ambivalente y contradictoria. Desde el Renacimiento, Campanella y Bacon nos legan un esbozo de documentación en el que subyace la confianza en el hombre, que daría lugar, más tarde, al espíritu de la razón propio del Siglo de las Luces.

Esta idea del conocimiento trasciende el elitismo cultural platónico y por primera vez se ofrece la posibilidad de un saber accesible a todos por medio de una ciencia para la ciencia: la Documentación.

A este respecto hay que destacar que Bacon establece para su *Nueva Atlántida* cierto clasismo a nivel cultural. Son los miembros de la Sociedad de Salomón los que poseen los privilegios de investigación y manejo de fondos documentales. Campanella, más utópico si cabe,

amplía esta posibilidad, y apoyándose en la mayor universalidad de la imagen, facilita el acceso a todos los miembros de su sociedad. El contrapunto de esta esperanzada visión lo pone Orwell: El instrumento esencial que mantiene y sustenta la férrea dictadura de 1948 es precisamente la degeneración de la idea documental que se desarrolló por primera vez en las utopías renacentistas. Es significativa la importancia que Orwell concede al control y tratamiento de documentos.

Si en 1948, fecha en la que Orwell escribe su obra, esta posibilidad parece remota, los avances en Telemática y Cibernética aplicados a los bancos de datos nos aproximan cada vez más al distópico mundo orwelliano, en el que el poder domina la verdad. Para evitar el peligroso auge de los monopolios es imprescindible defender la diversidad e independencia de los modernos centros documentales. Aunque el Londres de 1984 esté lejos aún de la realidad no conviene olvidar los vaticinios utópicos y distópicos que se han cumplido a lo largo de la historia.

Bibliografía

- Bernstein, M.: *Nouvelles lumières sur l'utopie de Thomas More*. «Bibliothèque d'humanisme et renaissance», XXIV, 1962.
- Buber, M.: *Caminos de utopía*. Breviarios, F. C. E., 1955.
- Duveau, G.: *Sociologie de l'utopie et autres essais*. París, Ed. P. U. F., 1961.
- Curcio, C.: *Utopisti italiani del cinquecento*. Roma, Ed. Colombo, 1944.
- Fedeli, H.: *Un viaggio alle Isole Utopia*. Quaderni del Centro Culturale Olivetti. Ivrea, 1958.
- Gallart Folch, A.: *El ocaso de una gran utopía*. Ed. Espasa-Calpe, B. Aires, 1941.
- García, V.: *Utopías y anarquismo*. Ed. Mexicanos Unidos, México, 1977.
- Hillegas, M. R.: *The future as nightmare*. Oxford University Press, 1964.
- Huxley, A.: *Nueva visita a un mundo feliz*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1973.
- Juanes, J. A.: *Aldous Huxley*. Ed. Epesa, Madrid, 1971.
- Kolnai, A.: *Notas sobre la utopía reaccionaria*. Punta Europa, núm. 10, 1956.
- Manheim, K.: *Ideología y utopía. Introducción a la Sociología del Conocimiento*. Ed. Aguilar, Madrid, 1958.
- Marcuse, H.: *El final de la utopía*. Ed. Ariel, Barcelona, 1969.
- Molina Quirós, J.: *La novela utópica inglesa: Tomás Moro, Swift, Huxley, Orwell*. Ed. Prensa Española, Madrid, 1967.
- Neussus, A.: *Utopía*. Barcelona, 1971.
- Pujals, E.: *Humanismo y heroísmo del canciller Tomás Moro*. Ed. Atlántida I, 1963.
- Quintana, R.: *Swift. An Introduction*. Oxford University Press, London, 1962.
- Reyes-Ortiz, I.; Serra, R., y Torrejón, D.: *El ecologismo en la novela utópica contemporánea*. Camp de L'Arpa, núm. 72, febrero 1980. 1984, *un mundo feliz. Análisis de los sistemas de comunicación*. Mensaje y Medios, núm. 8, septiembre 1979.
- Schmerl, R. B.: *The two future Worlds of Aldous Huxley*. P. M. L. A., LXVII, 192.

Schmidt Osmanczik, U.: *Platón y Huxley: dos utopías*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1976.

Small, C.: *The road Munituv*. 1975.

Uscatescu, G.: *Utopía y plenitud histórica*. Ed. Guadarrama, Madrid, 1963.

Warner, E.: *A voyage to utopia in the year*. Time, Jan 18, 1971.

Zabala, S.: *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España*. 1937.

Esquema simplificado de Centro de Documentación y sus correlativos en las utopías analizadas

